

do que los grandes sentimientos no se expresan: tienen sus raíces en el alma, allí cristalizan, allí perduran.

Hé dicho.»

En seguida el señor Rector felicitó a los colegiales por la merecida honra que iban a recibir y les recordó en breves frases los deberes que les incumbían. Terminó la ceremonia con la imposición de los escudos, la entrega de los diplomas y el abrazo de bienvenida.

LA FABULA en la estética de Pombo

(Fragmento de una tesis de grado)

A menudo, pero no siempre, muestra la obra de un poeta algo de las contradicciones a que está sujeta su vida, aunque a veces, la moral predicada por un hombre no es la misma que preside sus actos: el zoólogo no mira el sol como el águila, ni como ella averigua la velocidad de los vientos y la fuerza del huracán; que el aleteo de una sonrisa encubre a veces el brillo de las lágrimas y, como en los teatros, el telón en que la alegría ejecuta sus danzas, encubre el final de una tragedia.

En Pombo, a más de las contradicciones de sentimiento que hemos señalado, contradicciones que no solamente corresponden a dos distintos períodos de la vida, sino a dos momentos de una misma hora, a diferentes y contrarias influencias, muestra dos fases opuestas en su obra, dos tendencias perfectamente separadas: *sufre* en una la vida, quiere, en la otra, *dirigirla*.

Siempre inspirado por la vida, se coloca Pombo como espectador y como actor, en medio del mundo que canta: no se cuida del carácter de las sensaciones que llegan; ávido de emociones, como verdadero poeta, las

busca, las ahonda, las multiplica y las renueva; aspira todos los perfumes, ya sea que traigan olor fuerte de aguas marinas o suavidades de floresta; saborea lo que llega, sin preocuparse de su cualidad y, como lo hemos dicho, su lema es sentir, no pensar.

Mecido, en alas de todos los afectos, sin preguntar su origen ni su meta, según le va dictando el corazón, habla de lo efímero del cariño, llora la amistad que deshizo la muerte, se burla amargamente de los extravíos de la razón, ríe donosamente, pero tal vez con ninguna sinceridad, atenazado y apurado por la pobreza, y se queja, escéptico, de la vanidad del placer; implora la misericordia de Dios, maldice la crueldad de la muerte, canta los atractivos de la naturaleza, entona las glorias de la patria, las dulzuras de los amores:

oro es para el poeta un verso suyo
cuando vuelve de lejos a su oído
dentro de un corazón que lo embalsama.

Es la vida, en una palabra, tal como se presenta, ufana, llorosa y bullidora; narra sus dolorosas vacilaciones y crueles jugueteos: esa vida tan efímera, que lo presente, cuando va a saborearse, se esfuma en recuerdo, o permanece todavía lejos, en esperanza; es el poeta que describe Taine: «siempre joven y eternamente virgen. Delante de este mundo está como el primer hombre en el primer día»; carece de medias tintas: sus colores son lúgubres, como de tempestad, o risueños, como de sereno medio día.

Hé ahí la obra de Pombo, en cuanto poeta simplemente: un hombre cansado de luchar en ocasiones, o valeroso a veces, que canta lo que necesariamente le entra por los ojos.

Pero hay además otro Pombo, que contradice al anterior y hasta cierto punto lo niega: el maestro, el que

trata de enderezar por sí mismo su rumbo y da a los demás reglas, presentando ejemplos: el autor de las fábulas.

En toda obra, siempre! que su autor haya sabido inyectarle esa vida que Pombo supo manejar con tanto éxito, hay una enseñanza cuyo alcance no pudo medir el artista y que a veces contradice seriamente la enseñanza directa que el libro se propone dar.

¡Qué doloroso es contemplar la magnitud y grandeza de la obra de un poeta, y la mezquindad de su vida! ¡Cuánta miseria encierra dentro de sí la naturaleza humana! ¡Qué bien se recuerda a veces la materia!

Si el poeta, el creador, que desprecia la materia, porque en su alma tiene un mundo que la materia apenas puede remedar; si el poeta, el artista, que apesar de eso, manda al sonido: ¡sé bello! y surge la armonía; al mármol inerte: ¡vive! y aparece la inmortalidad en las líneas de la estatua, pudiera hacer siempre lo mismo con su vida, ¡con qué belleza moral sonreiría el mundo!

¡Si el dolor que acompaña en su carrera a la humanidad, aumentado, mas depurado en la sensibilidad del artista; ese sufrimiento engendradora de tantas bellezas, tan noble y tan bello por sí mismo, fuera el mago que modelara la vida del artista, así como el cincel que labra la piedra entre sus manos! Pero, por el contrario, sucede con frecuencia que el escultor humano, ávido de sensaciones, «mártir del ensueño,» quiere apurar todo, todo gozarlo, y rompe la piedra, en vez de modelarla; representa el artista, en presencia de su propia vida, el papel de un músico que tuviera un instrumento roto para traducir sus creaciones: es Beethoven sordo a sus propias armonías.

Quizá si poseyéramos un epistolario completo de Pombo, y éste sería el único medio, llegaríamos a averiguar la crisis que determinó *La Hora de Tinieblas*, crisis quizá mucho más dolorosa que esos versos, la

completa negación del amor, de la fe y de la esperanza. ¿Fue transitoria esa crisis? ¿Obedeció a uno de esos golpes de la fortuna que prueban el alma del hombre, de esos golpes que lo convierten en mártir o suicida? ¿Fue tal vez fruto de ásperos desengaños, reales, no fingidos, una convicción contra la que tuvo que luchar toda su vida, y que amargó acaso las últimas horas de su existencia? ¿Esa composición que nunca quiso publicar, queja tan profunda de un alma que llora y que se siente abandonada, lamentos desgarradores de la duda que echa por tierra añejas y consoladoras creencias, revolución total de la criatura que no sabe llorar; esa composición, glosa de las palabras de Vogüe, «me has enseñado a hablar y sólo he aprendido a maldecir,» ¿fue nada más que un momento en la vida del poeta, o respondió a una llaga secreta que emponzoñó su vida y debilitó su religiosidad? ¿Fue efecto hermosísimo y trágico de una causa física muy pequeña? Parece que fuera lo primero, pero es aventurado asegurarlo.

La Hora de Tinieblas, puesta frente por frente de las fábulas, traería una enseñanza brusca, pero más provechosa que las fábulas solas, en su sencilla y agradable moral: enseñan éstas lo que debe suceder, juntas enseñarían lo que sucede; las primeras, en su espiritualidad y en su bondad, hablarían solamente de un aspecto, el más hermoso, de la vida; en contraposición con la otra, relámpago de brutalidad, sintetizarían lo que enseña la experiencia.

Dice *La Hora de Tinieblas*:

¡Oh! qué misterio espantoso
es éste de la existencia!
¡Revélame algo, conciencia!
¡Háblame, Dios poderoso!
Hay un secreto horroroso
en el sér de nuestro sér.

¿Por qué vine yo a nacer?
 ¿Quién a padecer me obliga?
 ¿Quién dio esa ley enemiga
 de ser para padecer?

Si en la nada estaba yo,
 ¿por qué salí de la nada
 a execrar la hora menguada
 en que mi vida empezó?
 Y una vez que se cumplió
 ese prodigio funesto,
 ¿por qué el mismo que lo ha impuesto
 de él no me viene a librar?
 ¿Por qué tengo que cargar
 un bien contra el cual protesto?

Dice una fábula:

Lamentábase un hombre amargamente
 del peso de su cruz (pues no hay viviente
 que no cargue la suya),
 y el cielo, de escucharlo al fin cansado,
 dijole: «Déja pues la que te hado,
 y escóge otra por tuya.»

Una entre todas, su atención sedujo
 por ser de oro macizo: cruz de lujo,
 pero cruz tan pesada
 que no la pudo alzar. Probó en seguida
 una con ramas de laurel ceñida,
 mas la halló ensangrentada.

Otra pesaba poco; estaba hueca,
 y él exclamó regocijado: «¡Eureka!....»
 mas su seno escondía
 una víbora atroz que el diente fiero
 sacaba a cada paso del carguero,
 y a hurtadas lo mordía.

Y así las fue excluyendo una por una;
 y cuando ya pensó no hallar ninguna
 que no fuese un gran duelo,
 dio al fin con ella, y dijo: «¡Hágote mía!.....»

y era su antigua cruz, la que le había
 predestinado el cielo.

y dice otra:

Alzándose en furioso torbellino
 eclipsó el polvo al sol,
 y gritóle por mofa: «¡Astro divino!
 ¿Dónde estás? ¿qué te hiciste?...» Y su camino
 siguió en silencio el sol.

Y cesó el huracán; y tornó al ciego
 el polvo vil; y en el azul sereno
 de gloria y pompa lleno
 siguió en silencio el sol.

Tiene Pombo, en su obra extrañas analogías con
 el gran fabulista francés del siglo XVII, a quien llaman al-
 gunos el mayor poeta de Francia.

Lafontaine bebió con avidez en las fuentes eternas
 de belleza que los antiguos le ofrecieron y pintó en sus
 fábulas la comedia humana, sin censurarla ni aplaudir-
 la, con la indiferencia de quien mira un espectáculo
 muy hermoso, pero que muy de lejos le atañe.

Casado a insinuaciones de su padre, deseoso éste
 de corregir un tanto la volubilidad de su carácter y la
 disipación de su vida, abandonó pronto a la esposa y
 al hijo y se arrojó en brazos de su arte, el único amor,
 junto con el de la amistad, que conmovió su alma de
 artista, pero de artista perezoso, distraído y soñoliento.

Para él los reveses de la fortuna, lo mismo que
 las caricias de la gloria y los atractivos de la riqueza,
 nada significaban si no traían consigo elementos o inspi-
 ración para su arte: fue un estoico, pero un estoico
 bastante original: no por grandeza de alma ni por vir-
 tuosa resignación, sino por pereza de reflexionar, por
 indolencia de sentir; la animosidad del rey, quien lo
 desterró e impidió durante varios años su entrada a la

Academia, no lo conmovió un ápice, y el día que se lo permitieron, ocupó sin entusiasmo su puesto de académico.

Y a esa frialdad que, como decimos, no pudo calentar ni el amor paterno ni el amor conyugal, llegaron solamente dos rayos de sentimiento, que deshicieron esa nieve y calentaron ese corazón, sordo a las sugerencias de los otros amores: el culto de la amistad, pues cada vez que pronuncia esa palabra parece que la besa, y el cariño a los irracionales: sus fábulas producen la impresión de una caricia hecha al animal que describe.

Y ese hombre, que al declinar su vida volvió a Dios los ojos y murió cristianamente, negó, con sus acciones y con la mayor parte de sus escritos la moral, y vivió movido por la ley del capricho y dominado por el impulso de la pasión.

Sus cuentos, los más inverecundos quizá que se escribieron en ese período de la literatura francesa, precedieron a la composición de las fábulas, y Lafontaine, comprendiendo la contradicción en que incurría, no quiso acompañar las fábulas, en su publicación, sino de los no libertinos.

¿Por qué, pues, escribieron fábulas Pombo y Lafontaine, un género tan contradictorio al resto de su obra? ¿Qué impulso guió la inspiración del primero a arrojar la suavísima luz de la aurora de sus fábulas tras la noche profunda de *La Hora de Tinieblas*? ¿Sería a manera de reacción que su musa, tan elevada en ocasiones, vino a esconderse en la hermosísima pero familiar alegría de la fábula?

Pudo intervenir en esa contradicción, en ese cambio que nos mostró un aspecto tan simpático de nuestro autor nacional y que nos enseñó las variaciones delicadísimas de su genio, la experiencia, esa musa grandiosa pero trágica, que escribe el *Mane, Thesele, Phares*, en la orgía del placer, que vierte la gota de

acíbar en el vaso y que arrebató al hombre los últimos jirones de juventud para dejar el campo libre a los recuerdos.

Tal vez en la composición de las fábulas, en la escogencia de un género literario didáctico, dedicado por él a la moralización, influyó la conciencia, engañando al poeta sobre el verdadero papel del arte y presentándosele como un juego: quizá no pensó Pombo que la belleza se asemeja a una madre en cuanto que ésta, con solas sus caricias, educa el alma de su hijo, enseñándole tácitamente lo que es un hogar y lo que significa en la vida futura de un hombre la existencia de un amor puro.

Fácil es también que tuviera por causa, solo o combinado con las causas de que acabamos de hablar, el amor a los niños, ese amor que tanto papel desempeña en la vida de un poeta y más de un poeta que vive solo, cuando al anochecer de su vida no teniendo en sí aurora, la busca en los demás. Escribe el señor Conde de las Navas: «Amó a todos los niños como hijos suyos—cuenta el señor Marroquín—los amó con ternura, con íntimo apasionamiento, y como prendas de cariño creó para ellos un género especial de poesía, para coger las primicias de sus emociones. Efectivamente, yo veo en las fábulas, cuentos, cartilla, abecedario, etc., etc., si no un género no conocido antes, muchísima originalidad en el fondo y en la forma; grande y dulce sugestión pedagógica.»

El momento de la composición de las fábulas, no la inspiración, lo trajo, sin duda, la pobreza, la necesidad de escribir algo que le proporcionara medios de vivir. ¡Bendita pobreza que, atenazando al genio, lo exprime y le da atrevimiento para explorar campos que no hubiera, sin ella, descubierto! La pobreza, di-

galo si no Horacio, es muchas veces la mano que pulsa la cuerda delicada y escondida.

Algunos críticos sostienen que Lafontaine escribió sus fábulas movido únicamente por el amor que sentía hacia los animales; pero parece más acertado sostener que, en naturalezas tan sensitivas como la suya y la de Pombo, puede más el deseo de explotar poéticamente los temas morales, que el propósito de moralizar.

En Pombo, sobre todo, en cuyas fábulas no se nota un amor tan vehemente por los animales, pudo tal vez más que otra cosa, la curiosidad de manosear la poesía didáctica. En efecto; cuando una obra procede de la razón, el poeta deja la primacía al pensador, al filósofo, al moralista, y ellos pintan a su manera la hermosura; y, sin embargo, aun en las mismas fábulas de Pombo, pueden encontrarse los conceptos de la vida que llenan sus demás escritos.

RAFAEL CAYCEDO RICAURTE

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

José María Restrepo Sáenz—NEIVA EN LA INDEPENDENCIA—Bogotá—1919—Casa editorial de «La Cruzada»—Avenida de la República—461—Pp. 175, 8.º mayor.

A los numerosos estudios históricos publicados en libros, revistas y periódicos, ha venido a juntar don José María Restrepo Sáenz, miembro de número de la Academia Nacional de Historia, hijo y amigo fiel del Colegio del Rosario, el docto e interesante opúsculo cuyo título encabeza estas líneas.

Distínguese como historiógrafo el señor Restrepo Sáenz por su escrupuloso amor a la verdad. Nunca da lo meramente probable como cierto; no supe con la